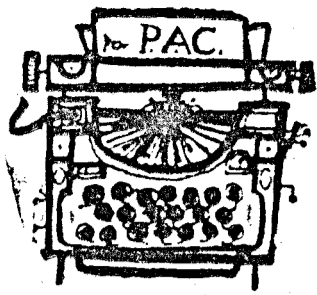


escrito a máquina

La nueva moral social



El concepto de "renta nacional" —decía en mi escrito anterior— brota de un principio esencialmente cristiano, en cuanto quita o recoge proporcionalmente lo superfluo de la riqueza de cada cual para REDISTRIBUIR esa riqueza (al menos teóricamente) en la comunidad; haciendo asequible a todos: la instrucción, la salud, los seguros sociales, la vivienda, mejores oportunidades de trabajo productivo, créditos, recursos, vías de comunicación, etc. Es decir, el Estado actual es, directamente, el producto de la inversión de nuestro sudor plural; inversión sagrada que exige suma honradez y suma eficacia en su administración, no sólo porque distribuye y maneja una riqueza que hemos elaborado "nosotros", sino porque esa riqueza pertenece, en su mayor proporción, al que menos tiene. Al pobre.

El individuo depende, cada vez más, del Estado. La organización económica moderna ha ido imponiendo una creciente ingerencia del Estado en la vida de todos. Créditos, exportaciones, ventas, regulaciones de precios, etc., de una manera o de otra son intervenidas por el Estado. Nunca —decía en mi anterior artículo— ha dependido tanto del Estado la confianza pública como hoy. La honradez del Estado por tanto, ya no es solamente una virtud moral sino un factor económico tan importante como una buena cosecha o como un buen invierno; de tal modo que si esa honradez falla puede destruir o perjudicar gravemente la vida productiva y causar una lesión irreparable en la economía privada —tanto mayor cuanto menos defensa económica tenga la víctima.—

Esto significa que la moral o la ética ha sufrido un desplazamiento, en su importancia o gravedad, del terreno individual al terreno social: desplazamiento que nuestra conciencia todavía no ha asimilado. Así por ejemplo: sigue siendo para nosotros un delito feo, desacreditante, deshonesto —sancionado tanto por la autoridad como por el consenso público— el robo "particular". En la misma educación cristiana se inculca el horror a ese tipo de robo "privado" de quien extrae una cartera, roba un carro, o se lleva la mercadería de un establecimiento. Sin embargo, ni en la conciencia ciudadana, ni en la educación cristiana actuales se le da la misma categoría delictiva (y deshonesto) al robo, malversación de fondos o estafa del bien público a pesar de que, en las condiciones socio-económicas de hoy, es mucho más dañino en sus efectos, mucho más inmoral y más grave delito el robo llamémoslo estatal, que el particular.

Vivimos todavía con una conciencia individualista cuando ya nuestra vida ha saltado, de hecho, a una etapa estatista y socialista, y esto produce una crisis grave, hondísima de tipo moral que es la causa principal del subdesarrollo hispanoamericano. Nosotros no avanzamos en gran parte porque no hemos asimilado una moral social paralela al proceso social (y económico) que ya estamos viviendo. Así como en el pasado no hubiéramos podido sobrevivir si nuestras ciudades no hubieran tenido policía para impedir atracos, robos y agresiones, y si no se hubiera impuesto —como conciencia mayoritaria— una ética de la honradez y una condena del delito; así hoy, por más créditos internacionales, por más brillantes planes económicos y por más industrias que instalemos, no despegaremos del subdesarrollo si no se impone una moral social y una valoración del hombre social que haga posible una fiscalización eficaz del Bien común, y que permita que la riqueza de todos circule ilesa y bien administrada —desde su producción hasta su distribución— a través del Estado.

Captando estas realidades de la nueva época en que vivimos, el Concilio Vaticano II, en la "Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual" fue tajante al afirmar que "la profunda y rápida transformación de la vida exige, con suma urgencia" superar "una ética meramente individualista". El Concilio pide que se forme una nueva conciencia social, una concientización urgente sobre la importancia y gravedad cada vez mayores de las virtudes sociales y de las obligaciones sociales en la regulación de las relaciones humanas.

Pero, desarrollar esa conciencia, implica forzar un cambio en las estructuras y leyes de la sociedad y del Estado para que el ciudadano pueda exigir y fiscalizar —de una manera eficaz y permanente— y en nuevas formas democráticas, que el Bien común se administre conforme a esa justicia y moral sociales.

La aparición del automóvil y la complicación del tráfico impuso a la ciudad moderna un nuevo tipo de policía: la de Tráfico. En igual forma, la ingerencia creciente del Estado en la vida de todos exige, cada vez con más urgencia, un tipo de vigilancia nueva del Estado por todos.

¿Cómo?

Lo único que podemos responder es que el proceso de liberación de Hispanoamérica tiene que encontrar esas estructuras jurídicas nuevas para la nueva moral social o no desnegará nunca de un subdesarrollo lleno de desfalcos y malversaciones como en una larga, interminable película del Oeste.

PABLO ANTONIO CUADRA